



experiencias

Ocupación espacial en el aula: *una mirada diferente*

Por Christian Parreño
(cparrenor@usfq.edu.ec)

Como historiador y teórico de la arquitectura, con aproximación filosófica y literaria, me interesa la forma en que se utiliza el espacio y cómo su ocupación puede ser un indicador de condiciones individuales, sociales y comunales. Al enseñar en el Colegio de Arquitectura y Diseño Interior de la USFQ, durante el primer semestre 2017-2018 distinguí de inmediato la manera en la que mis estudiantes elegían dónde sentarse. Usualmente, en la primera fila se ubicaban estudiantes de procedencia privilegiada, con empeño por participar en las discusiones durante la clase. De manera casi invariable, la segunda fila quedaba vacía, como si fuese necesario

un espacio de transición entre los cuatro o cinco ocupantes del frente y los veinte o más de atrás.

El aula se llenaba de una forma que parecía responder a un orden cultural y socioeconómico. De manera particular, los miembros del Programa de Diversidad Étnica y alumnos de provincias

Usualmente, en la primera fila se ubicaban estudiantes de procedencia privilegiada, con empeño por participar en las discusiones durante la clase.

distintas a Pichincha preferían los asientos ubicados en la esquina más alejada y oscura. A diferencia del individualismo de la primera fila, ellos ocupaban el espacio formando un grupo definido por sus circunstancias similares, sin que la cercanía entre ellos –que para otros podría ser incómoda– fuese un inconveniente.

Esta distribución, en una arquitectura ortogonal y aparentemente neutral, se convirtió en un mapa del interés y el nivel de trabajo. Las mejores notas correspondían a aquellos de la primera fila, mientras que varios estudiantes del fondo debieron repetir el curso. El patrón se repetía de manera

idéntica en otros tres paralelos, como una condición general, no exclusiva de un horario. En consecuencia, surgieron tres preguntas con respecto a mi actividad pedagógica. Primero, ¿cómo se podría potencializar esta diversidad a través de otras formas de ocupar el espacio? Segundo, ¿deberían ser el foco de atención los estudiantes deseosos por aprender, en el frente, o la mayoría letárgica, de atrás? Y tercero, ¿cómo podría respetarse esta distribución, pero a la vez utilizarla como una herramienta para la enseñanza?

Estas inquietudes fueron mi motivación para aplicar al programa Virginia Tech Twenty-First Century Future Professoriate. Asumiendo que mis observaciones no eran únicas y que otros profesores compartirían las mismas interrogantes, supuse –confiando en el acercamiento pragmático y positivista que se atribuye a la academia estadounidense– que se me daría una fórmula para explicar y solucionar esta situación de espacio y espacialidad. Sin embargo, no fue así. En lugar de recomendaciones específicas, se me ofreció un proceso de reflexión colectiva, en el que cada participante tenía

¿Deberían ser el foco de atención los estudiantes deseosos por aprender, en el frente, o la mayoría letárgica, de atrás?

distintas expectativas y aproximaciones, todas relacionadas con su campo de estudio. El encuentro con otras experiencias puso en duda la validez de mis preocupaciones e, inevitablemente, aparecieron nuevos cuestionamientos. Sobre todo, ¿era necesario resolver la territorialidad de mis estudiantes? Considerando que la arquitectura e infraestructura del aula asignada no se presta para una utilización flexible, ¿había alguna manera de fomentar interacción? Y, de haberla, ¿cómo anticiparse a los posibles resultados?

Sin ser una respuesta, una consideración dual se volvió aparente. Por un lado, con pedantería, la semana en Virginia Tech me llevó a reconocer que mi actividad pedagógica busca empoderar a mis estudiantes, respetando su singularidad. Por otro, sin presunciones, los seminarios y conversaciones impulsaron mi creatividad, incen-

tivando la consolidación de mis esfuerzos. Al tomar la posición de estudiante, consciente de mi ocupación espacial en el aula, obtuve el empoderamiento que buscaba instigar.

Al inicio del primer semestre 2019–2020, en lugar de implementar estrategias lúdicas, dialogué con mis estudiantes sobre la relevancia de su ubicación en el aula y la influencia de esta en su rendimiento. Les sugerí intentar alternativas y analizar cómo su punto de vista cambia, física e intelectualmente, al momento de ocupar otras posiciones en el aula.

Como un caso de empatía y espacialidad, siguiendo las elaboraciones de finales del siglo diecinueve de Robert Vischer y Theodor Lipps, la organización espacial adquirió una connotación exploratoria. Los estudiantes ahora tienden a variar sus lugares, creando dinamismo no solo en la relación entre ellos sino también con el material impartido.

A pesar de que la esquina más apartada es aún la deseada por muchos, la segunda fila ya no está vacía.



En lugar de recomendaciones específicas, se me ofreció un proceso de reflexión colectiva, en el que cada participante tenía distintas expectativas y aproximaciones, todas relacionadas con su campo de estudio.

